

## LA DESCRIPCIÓN COSTUMBRISTA EN LOS VIAJES AÉREOS<sup>1</sup>

La *descripción* es, sin duda, la técnica literaria que mejor identifica el arte de los escritores *costumbristas*. Sus propósitos de representación de las realidades inmediatas por medios lingüísticos suscitaron un amplio repertorio de formas de escritura que en buena medida están aún pendientes de catalogar y explicar, tanto desde el punto de vista histórico - ¿qué modelos literarios gravitaron sobre *cuadros, escenas y tipos?* - como desde una perspectiva teórica. Y, desde luego, siempre que se afanaban por reproducir un fenómeno inédito en el cuadro de los usos sociales establecidos, sus estrategias descriptivas destacaban la intensificación de los efectos que la novedad introducía.

Hubo, sin embargo, una excepcional novedad científico-cultural que los *costumbristas* no supieron aprovechar a la hora de abrir posibilidades descriptivas en su trabajo de renovadores de la prosa. Me refiero a la práctica de los vuelos aerostáticos que, por supuesto, sedujo a las gentes de la época y atrajo el interés de periodistas y escritores, pero que nuestros *costumbristas* no acertaron a ver como una posibilidad nueva de adoptar un *punto de vista* inusitado; pesó más sobre ellos la tradición literaria, y el resultado fue que sus *descripciones* de los viajes aéreos fueron mucho más un homenaje a viejos modelos que un replanteamiento de lo que podía hacerse a la hora de pintar el mundo *desde arriba*. De manera que la *descripción* de la que voy a hablar aquí fue una posibilidad no aprovechada, algo que nunca llegó a existir como modelo retórico de renovación en la técnica descriptiva.

1. La tipología de los escritos de viajes responde, como es sabido, a muy variadas consideraciones; una de ellas es la que toma como punto de referencia el medio de transporte empleado. El viaje aéreo, producido en el sueño o por un extravagante artilugio volador, ha generado una rica literatura satírica y fantástica cuyos moldes genéricos subrayan las limitaciones físicas del cuerpo humano, sujeto a una ley de la gravedad sólo transgredible por el ejercicio imaginativo. Las cosas cambiaron cuando los viajes aéreos comenzaron a ser algo más que una hipótesis gracias a los progresos de la Física cultivada en el siglo XVIII.

<sup>1</sup> Una primera versión de este trabajo se publica en la revista *Compás de Letras* de la Universidad Complutense; agradezco a mis colegas Luis F. Díaz Larios y David T. Gies los recordatorios que me han hecho respecto a viajes aerostáticos.

A partir de entonces, el viaje aéreo pasó a ser un acontecimiento que se podía escribir en términos miméticos -, igual que venía ocurriendo desde tiempo inmemorial con los viajes en dirección horizontal sobre las superficies de la tierra o del agua, e igual que terminaría ocurriendo con los viajes submarinos.

La nueva posibilidad viajera generó nuevas palabras y nuevas sensaciones al tiempo que fue produciendo la reordenación de las formas clásicas de la *literatura de viajes*, en un replanteamiento que, para la creación contemporánea, ha dado frutos singularmente satisfactorios. En las páginas que siguen sólo pretendo ofrecer algunas muestras de cómo fueron reaccionando los escritores españoles de fines del XVIII y principios del XIX ante la extraordinaria novedad que eran los vuelos aerostáticos y de qué manera sus reacciones se reflejan - o, mejor dicho, *no se reflejan* -en el tratamiento de la técnica descriptiva de los escritos de los costumbristas.

Las primeras ascensiones aéreas con globos se realizaron, como es sabido, en Francia y en varios momentos del año 1783. Antonio Ponz, el infatigable anotador de noticias artísticas, estuvo presente en el experimento aerostático que se realizó en Versalles el 19 de septiembre de ese año<sup>2</sup>; Hans Joaquim Lope ha situado en su contexto histórico la breve noticia que dio nuestro ilustrado en su *Viaje fuera de España* al mismo tiempo que ha recordado la coincidencia de que Agustín de Betancourt realizara el primer vuelo aerostático en Madrid, el 29 de noviembre del mismo año. A partir de esta fecha no son raras las noticias de los vuelos en globo que publicaron los periódicos de la capital de España - el de Vicente Lunardi de 12 de agosto de 1792 fue ampliamente comentado<sup>3</sup> -, ni tampoco escasean las representaciones gráficas o los textos versificados alusivos al descubrimiento que hacía realidad el sueño inmemorial de la humanidad en el que el hombre era dueño de sus movimientos en los espacios siderales.

<sup>2</sup> Hans Joaquim Lope, 'Antonio Ponz y la *Montgolfière*', *Actas del VIH Congreso Internacional de Hispanistas*, 1986, II, 177-182. Para la cronología de los vuelos españoles, Sempere y Guari-nos, aludiendo a las curiosidades científicas del marqués de Santa Cruz y del preceptor de su hijo, José Viera y Clavijo, y a propósito de la asistencia de ambos "a la escuela de Física que tenía en su casa Mr. Sigaud de la Fond por los años de 1780" escribe que Viera "hizo particular estudio de la Física Experimental y del ramo de Química que trata de los Ayres fixos, de la cual dio un curso completo en casa del mismo señor marqués de Santa Cruz, y entre otras experiencias, se hizo la de volar desde el jardín de la misma casa uno de los primeros globos aerostáticos que se vieron en Madrid" (*Ensayo de una Biblioteca Española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, Madrid, Imprenta Real, 1789, VI, 156). En relación con Viera y su conocimiento de los globos aerostáticos véase el canto sexto de su poema *Los Ayres fijos* (Las Palmas, imprenta de Martín González, 1876) y Leonardo Romero 'Antonio Ponz fuera de España. Su visión del París prerrevolucionario', AA. VV. F. Lafarga ed., *Imágenes de Francia en las letras hispánicas*, Barcelona, PPU, 1989, p. 449.

<sup>3</sup> María del Carmen Simón, "Las ascensiones aerostáticas", *Villa de Madrid*, 1974, 42-43, pp.75-78 y *El gas y los madrileños*, Madrid, Espasa-Calpe, 1989, 21-26.

La imprenta y los manuscritos poéticos de la época recogen composiciones sobre el artilugio aerostático, bien en fórmulas epigramáticas o laudatorias<sup>4</sup>, concertadas bajo el modelo de canciones de moda como las tiranas<sup>5</sup>, bien en forma de poemas extensos como el de Joaquín José Queipo de Llano<sup>6</sup>. Y los pintores y grabadores del momento no desdeñaron registrar en su trabajo gráfico la expectación pública que suscitaba la práctica de los experimentos aeronáuticos, convertidos en otra fiesta pública a la que asistían desde los miembros de las familias reinantes hasta un inmenso número de espectadores<sup>7</sup>.

2. La admiración general ante este prodigio de la modernidad se mantuvo en ebullición hasta bien entrado el siglo XIX. Los escritores de los años románticos resumen en sus páginas las impresiones generales, que iban desde la admirativa cautela de un Antonio Ponz, a finales del XVIII, al optimismo progresista de un Segovia o un Somoza en los años centrales del XIX<sup>8</sup>, prevaleciendo siempre la fascinación por la capacidad creativa

<sup>4</sup> De suerte llegó a elevarse/ que si Lunardi aquel día/ iba en gracia, faltaría/ muy poco para salvarse" (*Diario de Avisos*, 13-VIII-1792). Ver los sonetos de Alonso de Salanova 'A la invención de los globos aerostáticos' y 'Al vuelo del aeronauta Lunardi' (*Diario de Madrid*, 19-VIII-1792).

<sup>5</sup> "La nueva invención del globo/ es cosa muy oportuna/ para elevarse los hombres/ a las mayores alturas./ Vuela tiranilla./ por aquellos cielos./ mira no te caigas/ y lloremos luego./ Turuntum,/ porque si nos faltas,/ turuntun./ porque si nos faltas,/ turuntum./ dime lo que haremos,/ turuntum,/ sin la tiranilla./ turuntum,/ que es nuestro embeleso./ turuntum, turuntum, contigo/ turuntum, turuntum, volemós" (Biblioteca Apostólica Vaticana, fondo musical, manuscrito n. 382, fol. 67v-68r). "El ynglé a discurrió/ andar debajo del agua/ los franceses por el ayre/ y yo por la tierra llana./ Tururiruritari/ Tirurirura tirura./ Ay que se inflama el ayre/ que llama nel gas/ y el ga de tus ojos/ me inflama a mi más./ Tururiruriruriri/ Tururirurararara" (id. fol. 58v-59r.) (Debo estos textos a mi colega la Profesora María Teresa Cacho).

<sup>6</sup> *Canto que en elogio de la brillante invención del Globo aerostático, y famosos viajes aéreos, executados por los célebres viajeros franceses en los días 21 de noviembre Y primero de diciembre, escribía Cypariso, labrador asturiano, en las frondosas riberas del río Narcea*, Madrid, Joaquín Ibarra, 1784, 26 pp (ejemplar conservado en la biblioteca del Monasterio de El Escorial).

<sup>7</sup> Recuérdense el cuadro de Antonio Carnicero 'Ascenso de un globo montgolfier en Aran-juez' (de discutida cronología, pues se supone que representa el ascenso de Bouclé de 1784 o el de Betancourt de 1783), los varios grabados de la Biblioteca Municipal de Madrid que reproducen el viaje de Lunardi de 1792, los dibujos de Goya "La Montgolfier" (hacia 1800-1808; números 755 y 756 del catálogo de Gassier-Wilson) y el cuadro del mismo autor "El globo aerostático" (c. 1812-1816) del Museo de Agens (nº 956 del citado catálogo). Los escritos en que se estudian y describen las características de los nuevos instrumentos de vuelo son abundantes desde 1874; ver referencias en F. Aguilar Piñal, *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, vol. I, nos. 1792 y 3284, vol. II, n. 4027, vol. III, 322, vol. VI, 3059, y añádase el impreso de *circa 1784* catalogado en la Biblioteca Nacional bajo la signatura VE/1233 (3).

<sup>8</sup> "Los más están en que ha llegado el tiempo de que viajemos por el aire y aun hay quien me dice que podré volver a Madrid en pocas horas. Buen provecho les haga a los que están maquinando y preparándose el vuelo, que yo mientras haya tierra oiré a pie firme lo que nos cuenten de estos nuevos y futuros Ícaros" (A. Ponz, *Viaje fuera de España*, Madrid, 1786, II, 250). "Si se atravesase el Atlántico en tres días, en quince se dará la vuelta al globo (terráqueo), y el globo, así cruzado

de la ciencia moderna: "el descubrimiento de los globos es acaso el más asombroso de que puede gloriarse el entendimiento humano", escribía Larra en 1833<sup>9</sup> plenamente convencido de la veracidad de su aserto.

Los españoles de los años románticos vivieron, pues, el clima de interés extraordinario que despertaba cualquier anuncio de una ascensión aerostática y comentaron algunas de las que habían presenciado - ya fuera Mor de Fuentes al visitar el París de 1834<sup>10</sup>, ya el *Semanario Pintoresco* comentando el vuelo de Garnerin en 1816 o el Larra que recuerda el efectuado por Rozo en el Puerto de Santa María en 1832 -. Para los escritores más jóvenes de principios del XIX los vuelos en globo seguían siendo un digno tema apropiado para los géneros de la tradición poética más noble. Por ejemplo, Buenaventura Carlos Aribau dedicó una oda de sus *Ensayos Poéticos* a cantar "Los globos aerostáticos de Mr. Montgolfier", un signo del progreso humano que superaba las leyes inexorables del cosmos, pues no en vano el autor catalán iniciaba su canto repitiendo una idea común: "¡Qué débil es el hombre! Su natura/le abismó en un espacio limitado..."<sup>11</sup>.

en todas direcciones llegara a ser muy pronto como la habitación de una sola familia; seríamos todos unos en el lenguaje, en costumbres y aun en opiniones. Los tesoros del saber humano circularían, se propagarían por todo el universo como los rayos de la luz solar" (J. Somoza, "El árbol de la charanga", artículo publicado postumamente en *la Revista Ibérica*, VI, 1863, 47-50, pero escrito probablemente en 1839, como se deduce de una carta del propio Somoza a doña Paula del Acebal que ha estudiado Pilar Saenz Arenzana). "¿Y quién sabe si así como el vapor ha empezado a cambiar la faz del mundo, otra nueva invención no vendrá dentro de poco a completar la revolución? La navegación aérea ¿no vemos ya por mil síntomas que parece como abocada al día de su descubrimiento? (...) Gran triunfo será éste de la ciencia del hombre; nosotros lo deseamos con vivas ansias" (José María Segovia, *Manual del viajero español de Madrid a París. Londres...*, Madrid, 1851, 82-83).

<sup>9</sup> "Ascensión aerostática", *Revista Española*, 30-IV-1833, en *Obras completas*, Biblioteca de Autores Españoles, 1960, I, 213-215.

<sup>10</sup> "(En la Academia de Ciencias) Vi por lo más presidir a Gay-Lussac, el mismo que subió años pasados en un globo para experimentar las propiedades del ambiente de la atmósfera, y hechas sus observaciones con los finísimos instrumentos que llevaba al intento, se apeo majestuosamente de su barquilla por las inmediaciones de la capital" (J. Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*, ed. de Manuel Alvar, Zaragoza, Guara, 1981, 101). *Semanario Pintoresco Español*, 1836, 141. Larra, en su expresión sibilina, recuerda el vuelo portuense de Rozo en estos términos: "Si se nos demuestra que un aeronauta que ha dado pruebas de conocimiento y valor en sus anteriores ascensiones, ejecutadas en varios puertos de mar, en uno de ellos en presencia de un príncipe augusto (don Francisco de Paula), hermano de nuestro amado Rey, puede tener algún interés en abusar de la credulidad de un Soberano justo y de un pueblo; si esto se nos puede explicar y probar, convendremos con las hablillas del vulgo ignorante, que no ve en todo sino malicia y arteria" (*Obras Completas*, I, 215b).

<sup>11</sup> *Ensayos Poéticos de Buenaventura Carlos Aribau*, Barcelona, en la Imprenta de Dorna, 1817, pp. 47-60.

La experiencia del viaje aéreo llegó a las tablas de los escenerarios del año 1828, cuando una celeberrima pieza de magia que precisaba de un sinfín de recursos escenográficos - me refiero a la adaptación que en español se tituló *La pata de cabra* y que Grimaldi presentó con éxito fabuloso<sup>12</sup> - mimetizaba teatralmente una ascensión en globo y la subsecuente caída del viajero que, como era de suponer, no es otro sino el protagonista de la comedia, don Simplicio Bobadilla y Majaderano Cabeza de Buey. Al regresar éste violentamente a la tierra, las impresiones de viaje que transmite no pasan de la tópica grotesca que le permite hablar de su llegada a la luna y de cómo en este lugar reina el viejo principio satírico del "mundo al revés"<sup>13</sup>.

Ahora bien, Mariano José de Larra, como en tantos otros aspectos del palpar vital en los años románticos, fue quien mejor reflejó el clima que las exhibiciones de globos aerostáticos suscitaban entre el público madrileño. Cuando en la primavera de 1833 se anunciaron las ascensiones de Manuel García Rozo la curiosidad pública debió de ser extremada<sup>14</sup>; el cronista de sociedad que envolvía a "Fígaro" no se recató de advertirlo: "la hermosura, la gracia, las brillantes y peregrinas galas de nuestras madrileñas, el lucimiento de la reunión y la presencia, sobre todo, de Sus Majestades y Sus Altezas, que se dignaron honrar esta función, hacían de ella una de las más vistosas y solemnes que pueden verse en un gran pueblo"<sup>15</sup>. Pero ni la subida anunciada para el veintiocho de abril ni otra prevista para el catorce de julio pudieron realizarse debido a impedimentos meteorológicos. El Larra cronista de ambos fiascos<sup>16</sup>, documentado sobre la entonces breve historia de la navegación aérea<sup>17</sup>, supo captar la expectación colectiva y el desengaño posterior con la penetrante capacidad con la que percibía la frustración de los afanes colectivos.

<sup>12</sup> Ver la ed. de la pieza, preparada por David T. Gies y editada bajo el nombre de su adaptador Juan de Grimaldi (Roma, Bulzoni, 1986) y la monografía del mismo estudioso, *Theatre and Politics in Nineteenth-Century Spain. Juan de Grimaldi as Empresario and Government Agent*, Cambridge University Press, 1988, que sintetiza otros trabajos suyos dedicados al mismo asunto.

<sup>13</sup> "Simplicio.- He visto, en primer lugar, he visto a mis pies la tierra que iba disminuyéndose, disminuyéndose hasta reducirse al parecer al grueso de una avellana. Luego he visto... he visto..., que ya no veía nada. Y tan pronto tenía un frío que me helaba, como un calor que me abrasaba. Lope.- Vamos, como en Madrid.

Simplicio.- Y así de frío en calor, y de calor en frío, llegué subiendo, subiendo, subiendo, llegué... a la luna", (acto tercero, escena primera; ed. cit., pp. 145-153).

<sup>14</sup> "Tenemos noticia positiva de que SS. MM., que en todos los ramos de conocimientos humanos procuran en cuanto está de su parte que la nación española no quede postergada a las demás europeas, se han dignado conceder su real permiso para que el aeronauta español don Manuel García Rozo verifique sus ascensiones aerostáticas en esta corte en globos de gas hidrógeno..." (*Diario de Avisos*, 25-III-1833); anuncios y comentarios similares en los periódicos de marzo y abril del año 33.

<sup>15</sup> Larra, (*Obras Completas*, I, 213a).

<sup>16</sup> Para la segunda ascensión véase su breve artículo también titulado "Ascensión aerostática" de *El Correo de las Damas*, 17-VII-1833 (*Obras Completas*, II, 8-9).

<sup>17</sup> La fuente que utilizó debía de ser de fácil acceso, puesto que casi las mismas noticias que da en su artículo del treinta de abril las volvemos a leer en el trabajo del *Semanario* de 1836; de todas formas, Larra incurrió en algún error de bulto, como es el fundir a Jean-François Pilatre de

La ironización puntea las breves paginas que dedica a los acontecimientos que no llegaron a producirse y los recursos de su prosa se ponen en vilo, bien jugando con la oposición "aires"/ "desaires" o reiterando un chiste verbal con el neologismo "paracaídas"<sup>18</sup>, bien estableciendo un axioma categórico que pulveriza la realidad a la que se refiere: "es circunstancia precisa en toda ascensión que el globo no ha de subir".

Las observaciones sobre un hecho de la vida cotidiana despiertan el proceso asociativo que caracteriza la prosa de nuestro primer periodista moderno, quien almacena en su memoria una imagen - la del "globo aerostático" - de la que sacará rendimiento en un artículo de 1835 - "El hombre globo"<sup>19</sup> -, un trabajo en el que expone su conocida idea sobre los hombres enérgicos que cumplen la misión histórica de conducir a sus pueblos: "Sesostris, Alejandro, Augusto, Atila, Mahoma, Tamurbec, León X, Luis XIV Napoleón", según el catálogo que elabora en el artículo "Quasi", cinco meses posterior. En el primer artículo da una descripción sumaria del hombre globo -" su frente es altiva, sus ojos de águila, su fuerza irresistible, su movimiento el del tapón de una botella de Champagne" -, características a que responde un elenco de los hombres más señeros de los tiempos presentes: Washington, Bernadotte, Napoleón e, incluso un español, exiliado en 1835, que "consiguió remontarse en aquella época hasta las más altas cornisas del coronamiento del real palacio" (alude a Manuel Godoy, a la sazón residente en Italia). Sin embargo, los hombres que "subían" en la España de 1835 eran aeronautas incapaces, pues "conforme se van elevando, se les va viendo más pequeños; a la altura apenas de Palacio, que no es grande altura, ya se les ve tamaños como avellanas, ya el *hombre globo* no es nada; un poco de humo, una gran tela, pero vacía, y por supuesto, en llegando arriba, no hay dirección", en definitiva, son otros "Rozos que hasta ahora han hecho pinitos a nuestra vista".

En el arranque de este artículo político<sup>20</sup> Larra presenta una clasificación de los

Rozie y a François Laurent, marqués d' Arlandes, en un solo personaje, "el célebre Pilatre des Roziers y D'Arlande".

<sup>18</sup> Sobre el empleo del "paracaídas", Larra recuerda que Garnerin lo había empleado "en Madrid años pasados" (hacia 1816-1817 según el *Semanario* 1836, 139) y vuelve sobre la palabra en el "rehi lete" de *El Correo de las Damas* ("ya tenemos en el mundo pararrayos, paragránizos, paraguas y paracaídas- decía a un mal cómico un mal autor días pasados-; ya no nos faltaba más que un *paraperiódicos*") y en "El hombre globo", evocando un chiste de *La Pata de cabra* ("paracaídas no hay como un globo roto"). En el *Viaje aerostático...* de Modesto Lamente, (p. 109) se repite el mismo chiste.

<sup>19</sup> Publicado en la *Revista Mensajero* de 9-III-1835 (*Obras Completas*, II, 56-59).

<sup>20</sup> Contra la litotes enunciada al final del artículo: "un artículo de física no puede ser largo; si fuera de política sería otra cosa" (*Obras Completas*, II, 59b).

cuerpos humanos según "el mayor o menor grado de *calórico* que contienen", recurso paralelo a las taxonomías científicas a las que acudía con frecuencia echando mano de conocimientos comunes sobre los reinos de la naturaleza, las variedades botánicas y zoológicas o las peculiaridades de la caracterización frenológica<sup>21</sup>; todo le servía para establecer un sistema de jerarquización social entre los grupos humanos, procedimiento al que no era ajena su idea, de origen saint-simoniano, de la "aristocracia del talento"<sup>22</sup>. Así pues, según la tipología que establece en "El hombre globo", la mayoría de los humanos pertenecen al estado del *hombre-sólido*, variedad que "cubre la faz de la tierra, es la costra del mundo"; menos abundante es la modalidad del *hombre-líquido*, constituyente imprescindible de "la clase media", y, desde luego, raro espécimen es el *hombre-gas* que "llegado a adquirir la competente dilatación, se alza por sí solo donde quiera que está y se sobrepone a ocupar el puesto que le corresponde en la escala de los cuerpos". El "globo aerostático" resulta ser la imagen que mejor traduce esa virtualidad ascensional poseída por los *líderes* que dirigen a la mayoría. España, según Larra, no había sido afortunada en la implantación de estos seres dinamizadores, ya que las fórmulas de constitucionalismo liberal promovidas durante las convulsiones de la guerra de 1808 y las repetidas en el año veinte no habían dispuesto ni del gas necesario ni de los vientos favorables; por ello, cuando escribe el artículo, es decir, en 1835:

nuestros antiguos y derretidos Ícaros, tienen miedo hasta al gas que los ha de levantar; y en una palabra, nosotros no vemos que suban más alto que subió Rozo. Para nosotros todos son Rozo<sup>23</sup>.

Los fracasos de Rozo en 1833 y las caídas de los experimentos constitucionales son, según Larra, sucesivos casos de frustración. Cuando en otros artículos de costumbres imagina vuelos por encima de los tejados de Madrid - "El mundo todo es máscaras. Todo el año es carnaval" - o de París - "Quasi. Pesadilla política" - acudirá al vuelo imaginario en que el escritor cruza los aires de la mano de un espíritu, que es el duende Asmodeo. En estos trabajos encontramos, claro está, la perspectiva caballera - "mira al suelo perpendicularmente" recomienda el "ser fantástico" - y la visión bodeleriana de la "fourmillante cité"<sup>24</sup>; pero, este ascenso en vertical sólo sirve para reproducir una variean-

<sup>21</sup> Se trata de la "perspectiva naturalista" de Larra, según la denominación de José Luis Varela (*Larra Y España*, Madrid, Espasa, 1983, 106-110).

<sup>22</sup> Cf. Leonardo Romero, *Panorama crítico del romanticismo español*, Madrid, Castalia, 1994, 446-448.

<sup>23</sup> *Obras Completas*, II, 58b-59a.

<sup>24</sup> "Lo que veo es los hombres muy pequeños; pero la distancia sin duda..."

¡Bah! De aquí no se ve más que la verdad. ¿Los ves pequeños? Ahora es únicamente cuando los ves como ellos son. De cerca la ilusión óptica (esta es la verdadera frase física) te los hace pare-

te del *sueno satírico* de la tradición literaria occidental, un modelo de visión abstracta que ni siquiera recoge ecos de los viajes imaginarios dieciochescos en los que el desplazamiento se conseguía gracias a instrumentos extraordinarios, ya fuera el barco volador que traslada a los personajes de la versión hispana del *Viaje de Enrique Wanton al país de las monas* o los "simones aéreos" del *Viaje Por los vientos* (1785) de José María Vaca de Guzmán<sup>25</sup>.

Cuando, pocos años más tarde, y en la órbita cronológica de la producción poética romántica, Carolina Coronado exalte su estro con las hazañas de los navegantes aerostáticos, vuelve a superponerse la percepción de la literatura tradicional a la hora de cantar la visión panorámica conseguida en un vuelo real. La escritora extremeña -a la zaga de los propósitos que confesaba fray Luis de Felipe Ruiz - pondera en su poema "A la invención del globo" las posibilidades de acceso a las fuentes del conocimiento que se abren al viajero, el cual

asombrado mira  
allá por bajo de sus pies tendido  
el monstruo enorme de quien es nacido.

Como naturalista observa atento de ignorado  
reptil la forma extraña; el hombre aquel  
verá, pegado al viento, cómo es la tierra que  
el Océano baña; del polo ignoto, de viviente  
exento, escrutara, tal vez, la oculta entraña, y  
tal verdad puede alcanzar su idea que la  
ciencia de ayer fábula sea..<sup>26</sup>.

3. Viajar por los aires era, en la tradición literaria, una excusa para la exposición de la cosmología tolemaica - el *Somnium Scipionis* y toda la secuela de textos medievales y renacentistas que le siguieron - o una forma de practicar la sátira social por medio de paisajes y tipos fantásticos interpuestos.

cer mayores. Pero advierte que esas figuras que semejan hombres, y que ves bullir, empujarse, oprimirse, cruzarse y sobreponerse, formando grupos de vida *como los gusanos producidos por un queso de Roquefort*, no son hombres tales, sino palabras. ¿No oyes el ruido que se exhala de ellos" (*Obras Completas*, B. A. E., II, p. 121a; el subrayado es mío).

<sup>25</sup> Cf. Pedro Alvarez de Miranda, "Sobre utopías y viajes imaginarios en el siglo XVIII español", *Homenaje a Gonzalo Torrente Ballester*, Salamanca, Caja de Ahorros, 1981, especialmente pp. 369-372; el *Viaje de Enrique Wanton* es obra citada por Larra y ha sido estudiada en un trabajo de José Escobar y Anthony Percival que se publicó en el volumen de varios autores *Aufstieg und Krise der Kernunft*, Wien-Köln-Grasz, 1984, 79-94.

<sup>26</sup> Carolina Coronado, "A la invención del globo" (*Poesías*, 1852; *Obra Poética*, ed. de G. Torres Nebreda, Editorial Regional de Extremadura, Mérida, 1993, II, 765-767).

El viaje aéreo de los personajes mitológicos - Ícaro, Dédalo, Faetón - servía, a su vez, una severa lección para que los atrevidos humanos no osasen transgredir las leyes que determinaban sus limitaciones; el vuelo fingido, en fin, de don Quijote y Sancho abría otras puertas al arte del dialogo interactivo. Pero el viaje real que hicieron posible los globos aerostáticos extendió una perspectiva inédita que permitía a los viajeros y a los artistas contemplar a las gentes y los paisajes desde un *punto de vista* real y superior a la vez, esto es, un *punto de vista* simultáneamente objetivo y distanciado, "con un punto de ironía" como habría de explicar más tarde Valle-Inclán. Con todo, el peso de la tradición literaria se interponía entre la realidad observada desde las alturas y la percepción subjetiva de los viajeros. Estos eran conscientes de la novedad del observatorio y de sus posibilidades, pero su visión seguía teñida por la tonalidad de abstracción moral propia del *sueño satírico* tradicional. Este es el caso de Modesto Lafuente en su librito de 1847 *Viaje aerostático de Fr Gerundio y Tirabeque*<sup>27</sup>.

Antes de 1847 Modesto Lafuente había cultivado la literatura de viajes describiendo uno suyo a Francia, Bélgica, Holanda y las orillas del Rhin<sup>28</sup> editado en dos volúmenes entre 1842 y 1843, amén de otras paginas de viajes peninsulares; entre 1845 y 1850 su trabajo literario estuvo concentrado en la redacción de las entregas de su *Teatro social* y el primer tomo de la que sería divulgadísima *Historia de España*. Como un respiro en esta fervorosa actividad publicística surge la invitación a volar en globo que le hace el aeronauta Arban: "que fueron tantas y tan curiosas y dignas de ser contadas las cosas que vimos aquella tarde desde el globo, así dentro como fuera de España, que no he tenido inconveniente, yo Fr. Gerundio, en dar un breve descanso y hacer como un paréntesis a las graves tareas de la Historia general de España que hace tiempo me ocupan, para dar cuenta de este viaje aéreo a los que quieran entretener un rato en leerle"<sup>29</sup>. Fuera real o simulada la realización de este viaje, sí tenemos noticias de los viajes en globo que efectuó M. Arban en Madrid desde 1847<sup>30</sup>.

<sup>27</sup> *Viaje aerostático de Fr. Gerundio y Tirabeque. Capricho gerundiano en que se da cuenta de la expedición aérea que verificaron Fr Gerundio y su lego en el globo de Mr. Arban y en su compañía, la tarde del 15 de noviembre de 1847*, Madrid, establecimiento tipográfico de Me llado, 1847, III + 151 pp + 5 laminas (Bib. Nacional: 4/123217).

<sup>28</sup> Cf. Luis F. Díaz Larios, "Viajeros costumbristas en Francia", F. Lafarga,(ed.), *Imagen de Francia en las letras hispánicas*, Barcelona, PPU, 1989, 451-457. Leonardo Romero "Románticos españoles en París ante los escritores franceses contemporáneos", comunicación leída en reunión del CRODEC de Sorbonne Nouvelle (1995), pendiente de publicación.

<sup>29</sup> *Viaje aerostático...*, 13-15.

<sup>30</sup> Lafuente describe el viaje de M. Arban realizado la tarde de 15-XI-1847 y se refiere a los escritos y experimentos de Montemayor de 29-X-1847 y 13-XI-1847 (*Viaje Aerostático...*, pp. 51-71). Dos años más tarde, quedaban recuerdos de estos acontecimientos, como leemos en *La España* (6-1-1849): "sin duda que M. Arban dejó en esta corte algún discípulo o hay algún socio de Monte-

Lafuente advierte la extraordinaria posibilidad que le deparaba la contemplación de hombres y tierras desde una perspectiva inhabitual, como era la de un viaje aéreo. Junto a las manoseadas noticias sobre la historia de la navegación aerostática<sup>31</sup>, son dignas de notar las ponderaciones relativas a la perspectiva de descripción que se puede adoptar ahora:

Por lo demás es un espectáculo verdaderamente grandioso abarcar bajo un punto de vista y contemplar de lo alto los mares, los ríos, las montañas, los valles, las poblaciones y los campos de cultivo. La España me parecía entonces un mapa en relieve. Los bosques semejaban albahacas plantadas en tiestos. Los jardines aparecían como pequeños ramilletes de flores, y los valles se representaban como surcos arados en una gran posesión<sup>32</sup>.

La superioridad de su punto de vista y el poder contemplar paisajes según él se movía en su vehículo abrían una posibilidad excitante que nuestro autor intenta plasmar en el recorrido del globo desde Madrid a Barcelona, aunque no lo consigue. Las impresiones del viaje que quiere transmitir se volatilizan en descripciones escasamente pormenorizadas, ya que lo que de verdad le importa es repasar la actualidad política del momento. No en vano, la crítica social de Fray Gerundio y su lego Tirabeque se había especializado en el comentario cáustico sobre los desvíos antidemocráticos de la política liberal durante la primera etapa del reinado de Isabel II<sup>33</sup>. Los rasgos de caracterización de los dos personajes - singularmente, la rudeza del lego<sup>34</sup> - y las gracias elementales que esmaltan su diálogo, reiteran rasgos del estilo de autor que, salvo las referencias topográ-

mayor que de cuando en cuando hace por las noches sus ensayos aerostáticos en la plaza de la Armería o en la cuesta de la Vega. El lunes último el globo cayó sobre el tejado cuando aún no se había levantado a la altura de la torre de Santa María".

<sup>31</sup> *Viaje aerostático...*, pp. 5-71, (los tres primeros capítulos del librito) y además pp. 76-77, 80-81, 115; en p. 36 remite al vol. XII (1844) *del Magasin Pittoresque*.

<sup>32</sup> *Viaje aerostático...*, pp. 112-113; ver también en introd. p. II, y posteriormente pp. 79, 91.

<sup>33</sup> A Modesto Lafuente "pertenece la gloria de haber expuesto en estilo corriente los misterios más recónditos de la política, ocultos a profanas miradas, haciéndolos accesibles a todo el mundo desde que ideó para inteligencia del pueblo los nombres y carácter de aquellos dos sempiternos intérpretes, en cuya boca ponía el autor sus opiniones y desahogos" (F. Blanco García, *La literatura española en el siglo XIX*, Madrid, I, 1891, 346-347).

<sup>34</sup> Por supuesto, la inevitable glotonería del lego da lugar a situaciones cómicas cuando los viajeros deben aligerar la carga del globo y desprenderse de las vituallas con que Tirabeque se había aprovisionado; comicidad de trazo grueso, igual que la de los juegos de palabras "Calabria- encalabrinar", los chistes onomásticos que deforman los nombres de Franklin o Ícaro en Flanquin y picaro (pp. 77, 81, 106, 125) o los ecos de humor cervantino del tipo de "estoy, estoy, no se moleste vd. más... si, señor, veo algo y aun algos" (p. 137).

ficas indispensables para el trazado de la ruta, se detiene muy ligeramente en la descripción de los lugares vistos desde la altura, como leemos en este apunte sobre Madrid, uno de los escasos párrafos en que se alude directamente a un paisaje real:

Por un impulso natural dirigimos a un tiempo nuestra vista hacia Madrid, cuyas casas y edificios semejaban a lo lejos un grupo de cabañas pegadas unas con otras, pues no se distinguían calles ni plazas, y antojábaseme imposible, a mi Fr. Gerundio, que en tan humildes viviendas se abrigara tanto orgullo humano. El Palacio Real sobresalía algo sobre las demás casas. Yo se le enseñaba a Tirabeque, y no le conocía.

- Mira más a occidente, le decía yo...No, hombre, si miras al norte...Allí en dirección de mi dedo... ¿No conoces el Palacio Real?

- Señor, o yo tengo la vista muy conturbada, o ese palacio se ha cambiado enteramente, porque yo no le conozco<sup>35</sup>.

Efectivamente, en el curso del año 47 habían cambiado las circunstancias políticas; en octubre del 46 habían sido las bodas reales de la reina Isabel y su hermana Luisa Fernanda, y en octubre del 47 había ocurrido un cambio de gobierno que situó al general Narváez en la presidencia del gabinete y a Sartorius al frente del ministerio de la Gobernación. Estas nuevas circunstancias de la vida política penetran los comentarios de los viajeros que entretienen su vuelo refiriéndose por extenso a cuestiones de política interior (la actividad insurgente de los carlistas, el cambio de gobierno, la deuda pública, el discurso de la Corona, la apertura de las Cortes o el papel político de Joaquín Francisco Pacheco) y a cuestiones de política internacional (el rey Luis Felipe, la vocación imperialista de los Estados Unidos de América o la figura emblemáticamente liberal - en 1847 - del Papa Pío IX)<sup>36</sup>. El fundido entre los comentarios que suscitan las incidencias del vuelo y las diversas cuestiones políticas a que aluden fray Gerundio y Tirabeque reiteran la fórmula de expresión en que se había acreditado el estilo de Modesto Lafuente<sup>37</sup>.

<sup>35</sup> *Viaje aerostático...*, 91-92.

<sup>36</sup> La figura de Pío IX se presenta al escritor liberal como un modelo de hombre grande que evoca la imagen larriana del "hombre globo": "ahora me confirmo en que los hombres que vi antes tan pequeñitos, lo eran así en la realidad, y que no consistía en la distancia; y la prueba de ello es que, estando como estamos ahora mucho más altos y Roma mucho más distante que Madrid, todavía encuentro muy grande al señor Pío IX" (*Viaje aerostático...*, 128-129). Para la acogida favorable en los ambientes liberales europeos que tuvieron los primeros años del pontificado de Pío IX, véase R. Aubert, *Le Pontificat de Pío IX. (1846-1878)*, vol. XXI de la *Histoire de V Eglise...*, de A. Flicheny, Y Martin.

<sup>37</sup> Sirva de muestra esta alusión al cambio de gobierno: "por amor de Dios, señor Arban, decía Tirabeque, por amor de Dios le ruego a Vd. que procure bajar con mucho tiento, no vayamos a

La perspectiva del escritor es la del moralista que elogia o censura, pues la navegación en globo no pasa de ser para él un símbolo de la libertad: "quiero ir en globo libre, y correr la suerte del verdadero aeronauta; porque para una libertad restringida, señor Arban, no hubiera yo pensado en desprenderme de la tierra, que harta hay por acá de ese género, y esto de tirar de la cuerda y cortar los vuelos, hay aquí muchos que lo hagan a las mil maravillas con todo el que lleve trazas de remontarse un poco"<sup>38</sup>. Los juegos de palabras son simultáneamente referencia a las peripecias del vuelo en globo y crítica de la vida política contemporánea<sup>39</sup>, de manera que el relato del viaje es un trenzado de analogías entre los accidentes de la experiencia aérea y las circunstancias públicas de la España de 1847. En esta tarea de carácter satírico se cifra el programa de un viajero que "se ve elevado sobre las más altas torres y edificios, sobre las cimas de las montañas más encumbradas, sobre las aves mismas del cielo".

Ayguals de Izco también se ocupó de otro viaje aerostático en su visita a París y Londres de 1851, visita que narra en un libro de viajes, en el que siguiendo la vieja marca formal del género ofrece sus observaciones en forma epistolar. Alude Ayguals, en la carta XXV, a las dos ascensiones simultáneas de los hermanos Godard, y en las escasas páginas que dedica al viaje sólo le interesan describir el ambiente de los espectadores parisinos que contemplan los viajes aerostáticos<sup>40</sup>.

4. Cuando en textos de ficción de la segunda mitad del siglo XIX los novelistas imaginen máquinas que permiten volar a la luna o moverse a través del tiempo - piénsese en *De la Terre a la Lune* (1865) de Verne<sup>41</sup> o en la menos conocida novela de Enrique Gaspar *El Anacronópete* (1887) -, éstos podrán ser cuidadosos detallistas de los rasgos técnicos que individualizan a los aparatos, pero se muestran escasamente atentos a los efectos interiores que el viaje suscita en el ánimo de los viajeros.

caer de un golpe de estado en estas altas horas de la noche como el ministerio Salamanca. Mire Vd. que ahora las noches son muy peligrosas. No sea Vd. un Narváez para nosotros por amor de Dios, señor Arban" (*Viaje aerostático...*, 140).

<sup>38</sup> *Viaje aerostático...*, 85-

<sup>39</sup> Algunos ejemplos: "Mira, Pelegrín, (...) no se trata de ascenso sino de ascensión" (p. 83); "señor, me dijo, aquí sí que se respira aire puro. Y se respirara más, le respondí, cuanto más apartados estemos de la atmósfera corrompida de la corte..." (p. 89); "pero esto de bajar sin agarrar algo, crea Vd. firmemente, señor Arban, que no esta ya en uso..." (p. 143).

<sup>40</sup> Wenceslao Ayguals de Izco, *La maravilla del siglo. Cartas a María Enriqueta o una visita a París y Londres durante la famosa exhibición de la industria universal de 1851*, Madrid, vol. I, 1852, 311-318.

<sup>41</sup> Julio Verne publicó un artículo en el tomo XVIII del *Musée des Familles* (1850-1851, pp. 329-336) titulado "Un voyage en ballon" que presenta ante el lector el animado diálogo del escritor y un misterioso personaje, compañero de su travesía aerostática desde Frankfurt hasta Amsterdam; la conversación de los viajeros versa sobre los más variados pormenores de las ascensiones y sus notorios peligros pero en ningún momento dialogan sobre los panoramas contemplados; algo similar ocurre en el capítulo XXIV de *Ayer, hoy y mañana* (tercera parte) de Antonio Flores donde se describe "una travesía aérea, un amor rápido y unas calabazas redondas".

La experiencia de la velocidad es una pasión del ánimo que no se analiza literariamente hasta textos posteriores a esta primera literatura de "ciencia ficción". De manera que, sin pedir mayor finura de percepción a los costumbristas románticos, sí podía esperarse de ellos que aplicasen a la descripción de los viajes aerostáticos una sensibilidad pareja a la que manifestaban para la percepción de las gentes y de los paisajes que conocían en sus viajes terrestres de dirección horizontal; la descripción mimética de lo observado - podríamos hablar de "descripción realista" - formaba parte del repertorio de los recursos habituales en sus impresiones de viaje. Por ejemplo, un modelo de escritor costumbrista como Mesonero Romanos, en sus *Recuerdos de viaje Por España Y Bélgica de 1840-1841...* enriquece la información factual que recopila con abundantes observaciones sobre las realidades más menudas y las practicas sociales más irrelevantes. Sigue en la tradición inaugurada en las décadas del XVIII, cuando muchos viajeros hispanos dieron testimonio de su interés en reflejar mínimos acontecimientos<sup>42</sup>. Nada de esto encontramos en los textos de la primera mitad del XIX que se interesaron en describir las experiencias de los viajes en globo.

En los textos españoles que he traído a cuento no se aplicó la técnica descriptiva *realista* porque, posiblemente, el viaje en vertical dependía de un modelo literario fuerte - el del *sueño satírico* - de cuyas marcas no se libraban tan fácilmente los costumbristas, ni siquiera aplicando altas dosis de creatividad lingüística como hace Larra en "El hombre globo". En este artículo, precisamente, el escritor manifiesta su agudeza habitual para delimitar las etapas de los fracasos del constitucionalismo español, algo que en su conciencia política era un horizonte de referencia vivo. Quedaban fuera de la percepción del "hombre globo" las menudas realidades que se pueden presenciar desde la altura; lo mismo les ocurre a los personajes que viven alucinaciones aéreas en "El mundo todo es máscaras..." o en "Quasi".

<sup>42</sup> Es la conclusión del trabajo inédito de Ester Ortas, realizado en la Universidad de Zaragoza, sobre la "Percepción de la naturaleza y el léxico estético en los viajeros por Aragón (1759-1850)"; será preciso matizar el aserto de Alejandro Cioranescu cuando caracteriza sumariamente al viajero dieciochesco diciendo que "cuando se considera el paisaje, su interés se funda en su funcionalidad: no es para decir si es bonito o majestuoso, o frío, sino para indicar si se trata de un yermo, de campos labrados, de tierra inutil o feraz, de olor a prosperidad o a abandono" (introducción a José Viera y Tomas de Iriarte, *Dos viajes Por España*, Madrid, Aula de cultura de Tenerife, 1976, 20).

Nada extraño si tenemos en cuenta que en el caso de los viajes de dirección horizontal, los vehículos funcionan como símbolos de valores abstractos y absolutos: "sin diligencias, sin navios, la libertad estaría todavía probablemente encerrada en los Estados Unidos"<sup>43</sup>.

LEONARDO ROMERO TOBAR  
*Universidad de Zaragoza*

<sup>43</sup> "La diligencia", *Revista Mensajero*, 16-IV-1835 (*Obras Completas*, II, 74a). Para las efímeras percepciones emocionales del paisaje natural en la obra de Larra, ver Leonardo Romero, *El viaje europeo de Larra*, Madrid, Artes gráficas municipales, 1992, pp. 10-12 y "Larra ante el paisaje sublime", *Letras de España. Homenaje a José Luis Varela*, Alcalá de Henares, 1995, 297-307.